

SANTA CATALINA DE SIENA, VIRGEN Y DOCTORA

Día 29 de abril

P.Juan Croisset, S.J.

Santa Catalina, á quien hicieron tan célebre en el mundo los extraordinarios favores que recibió del Cielo casi desde la cuna, fue hija de un tintorero de Siena en Toscana, llamado Jacobo Benincasio. Nació Catalina gemela, y acompañada de otra hermanita suya, el año de 1347, resolviéndose su madre á criarla por cierto movimiento de especial amor á esta niña, aunque no lo había hecho con ninguno de los demás hijos.

La alegría natural y el humor inocentemente festivo que mostró desde luego la niña Catalina movió á todos á que la diesen el epíteto de *Eufrosina*; y la innata propensión que en medio de su alegría descubrió á todo lo que era virtud la mereció ya á los cinco años el general renombre de la *Santica*, anticipándose la virtud á la razón, y la razón á la edad.

Luego que aprendió el *Avemaria*, notaron que siempre que subía las escaleras de su casa se paraba á cada escalón para rezarla. Parece que había nacido con ella la devoción á la Madre de Dios; y el Hijo la inspiró un deseo tan ardiente de consagrarse toda á El, y de no tener otro esposo, que al entrar en los ocho años hizo voto de perpetua castidad.

Desde entonces fueron más abundantes los favores, y visibles los progresos que adelantaba cada día en la virtud; y una visión, que se cree tuvo por aquel tiempo en que se la apareció Jesucristo, la abrasó tanto en su divino amor, que fue víctima de sus incendios. Desde aquel punto, todo su gusto era la soledad y la oración,

haciéndosele muy familiares la abstinencia, el ayuno y otras ingeniosas mortificaciones que ocultaba cuidadosamente á la noticia de sus padres, y no pensando más que en agradar y complacer á su Celestial Esposo.

Costóla bien caro una leve condescendencia. Viendo su madre que en ninguna de sus hijas podría afianzar tanto las esperanzas de un ventajoso acomodo como en las sobresalientes prendas de Catalina, la mandó que se vistiese con menos desaseo, ó no con tanto descuido, y que cultivase las dotes naturales de que el Señor la había adornado. Instábala sobre lo mismo otra hermana suya casada, y no la dejaban sosegar. Por librarse de esta especie de persecución doméstica, consintió Catalina en dejarse rizar el cabello; pero, conociendo en la oración lo mucho que había desagradado á Dios esta complacencia, concibió tan vivo dolor y arrepentimiento, que toda la vida la lloró como el mayor pecado que había cometido, y tenía cuidado de acusarse todos los años de él con muchas lágrimas.

No gustaba á sus padres la inclinación al retiro que mostraba Catalina, y habiéndola pretendido por esposa un caballero, á quien había prendado su virtud y su hermosura, toda la familia celebraba mucho esta grande conveniencia; y apurando toda ella á nuestra Santa para que prestase su consentimiento, tomó la resolución de cortarse el cabello, y echarse un velo sobre la cabeza. Así lo hizo, saliendo un día de repente en esta disposición, para que sirviese al mundo de desengaño de que no pensaba tomar otro esposo que á Jesucristo. No se puede ponderar lo que sintieron sus padres una determinación tan impensada; y así, en despique, como para que perdiese todas las ideas de devoción, la echaron á cuestras el cuidado de toda la casa, mandándola hacer los oficios más bajos y más penosos

de ella. Aunque esta sensible y dolorosa humillación la resarcía en parte el tiempo que la quitaban para vacar á Dios, la mortificó mucho verse privada de su dulce soledad. Quejándose al Señor un día de esto, oyó una voz interior que la dijo fabricase dentro de su corazón una celdilla, en la cual podía retirarse y vivir muy sola en medio del bullicio hacendoso de la casa. Desde aquel punto no perdió de vista á Dios, sin que interrumpiese su oración la multitud de las ocupaciones, y mostrando bien la risueña alegría del semblante, la tranquilidad de que gozaba su corazón. Finalmente, su constancia desarmó la cólera de sus gentes; porque, observando el padre su perseverancia y su igualdad en la virtud, conoció que era Dios el autor de sus resoluciones; y prendada la madre, no menos de su paciencia que de la apacibilidad que había mostrado en aquella doméstica persecución, determinó no oponerse á la voluntad del Señor, y ambos la dejaron libertad para que siguiese lo que la inspirase la divina gracia.

Valióse Catalina de esta licencia para ensayarse en el rigor de la vida que pensaba hacer, entrando en la Tercera Orden de Penitencia del Padre Santo Domingo. Abstúvose absolutamente de vino y de toda carne, no comiendo más que hierbas crudas sin pan; dos costales, sin paja, y sin otras mantas; constituían su cama, su mesa, y todas sus sillas. En vez de cilicio se rodeó al cuerpo una cadena de hierro armada de puntas, que nunca desprendió de él hasta pocas horas antes de su muerte, y entonces por obediencia. Desde edad de diez y ocho años se prohibió para siempre el uso del lino, y desde entonces fue su vida un continuo ayuno y un prodigio de penitencia. Apenas tomaba una hora de sueño por la noche; todo lo restante de ella lo pasaba en oración. Confesó á su director que ninguna cosa le había costado tanto como vencer el sueño. Cada día tomaba tres sangrientas disciplinas con inocente crueldad; no

pudiéndose apenas comprender cómo una tierna doncellita de diez y ocho años de edad, de salud débil y de complexión delicada, tenía fuerzas para tan espantosas penitencias. Todo el cuidado de su director era moderarlas, poniendo límites á las encendidas ansias que tenía Catalina de mortificarse. Por este tiempo cayó mala; y como su madre, que la quería mucho, aunque la había mortificado tanto, se sobresaltase extrañamente, la declaró Catalina que su salud dependía absolutamente de entrar en la Tercera Orden de Santo Domingo; lo que obligó á la madre á que ella misma solicitase con las beatas que admitiesen á su hija, no obstante haberse opuesto siempre á esta resolución.

Recibió el hábito, y con él aquella extraordinaria abundancia de dones sobrenaturales que hicieron á Catalina una de las más célebres santas de estos últimos siglos. Libre ya de todos los estorbos que en cierta manera aprisionaban su fervor y sus devociones, se prescribió á sí misma un riguroso silencio por espacio de tres años, en cuyo tiempo no habló más que con su confesor, ni salió de su celdilla sino para la iglesia. Impúsose como ley el pasar en oración todo el tiempo de la noche que los religiosos no estuviesen en el coro, y aun en el corto descanso que tomaba, ó sobre unos sarmientos, ó sobre la desnuda tierra, tampoco interrumpía su oración; siendo tan extraordinario su fervor, y tanto el rigor de sus penitencias, que todos estaban persuadidos á que sólo vivía de milagro.

Invisible la santa virgen á todo el resto de las criaturas, gustaba sosegada y plácidamente de aquellas espirituales dulzuras que son como anticipados destellos de las delicias del Cielo, cuando, irritado y envidioso el Infierno de su inocencia, excitó contra ella una tempestad horrible. Sintióse asaltada su imaginación de los pensamientos más feos y más torpes, y combatido su

purísimo corazón de las tentaciones más vergonzosas y más impuras. Fue tanto mayor su sobresalto y su susto, cuanto era más perfecta y más delicada su pureza. En vano dobló la oración, aumentó las penitencias y se esforzó á apagar con sus lágrimas las llamas de aquel incendio; porque el Señor quería acrisolar su virtud con aquella dolorosa prueba haciéndola conocer mejor así la fuerza como la necesidad de su divina asistencia, y, humillándola tan sensiblemente, disponerla por este medio para recibir los favores divinos más extraordinarios.

Terminóse el combate, y fue señal de la victoria una amorosa aparición de la Santísima Virgen y de su dulcísimo Hijo, á cuya vista se disiparon los vapores y remaneció en el alma la serenidad. Desde aquel día, todo fue una perpetua serie de éxtasis, de arrobamientos y de frecuentes revelaciones. Pasaba días enteros abstraída en íntima comunicación con su Dios, conversaba con los santos del Cielo familiar y ordinariamente; pero sobre todo era admirable su singular familiaridad con la Santísima Virgen, á quien llamaba su querida Madre, y con Jesucristo, su divino Esposo.

El Rmo. P. Fr. Raimundo de Capua, general de la Orden de Santo Domingo, y confesor de nuestra Santa, que escribió su *Vida*, asegura que, doblando sus oraciones y penitencias en los últimos días del Carnaval, se sintió movida en el fervor de su oración á pedir al Señor una fe tan viva que nunca se debilitase, y una fidelidad á toda prueba que la asegurase la dicha de ser eternamente esposa agradable á sus divinos ojos. Añade el mismo historiador que al punto se la apareció Jesucristo, acompañado de la Santísima Virgen, de San Juan, de Santo Domingo y de otros santos, y la declaró que había sido oída su oración, que la otorgaba su

súplica, y que desde allí adelante se dignaba de recibirla por esposa suya, dándola por señal un anillo que debía traer en el dedo todo el resto de su vida.

Hasta este tiempo vivía Catalina como enterrada en su soledad y en su celda, sin dejarse apenas ver más que en la iglesia y al pie de los altares; pero, después de este insigne favor, la dio á entender su Celestial Esposo que pedía la caridad se dejase ver en el mundo un poco más. Dio principio á los ejercicios exteriores de esta virtud, encargándose de la asistencia de dos pobres mujeres enfermas: una de ellas, llamada Toca, estaba cubierta de tan asquerosa lepra, que ninguno se atrevía á arrimarse á ella, y ya se trataba de exponerla en el campo, echándola fuera de la ciudad. Viéndola Catalina abandonada de todos, tomó de su cuenta cuidarla por sí misma, y dos veces al día la visitaba, asistiéndola y socorriéndola en sus necesidades. En lugar de agradecer Toca tan extraordinaria caridad, se irritaba con ella, y siempre recibía á Catalina con enfado, tratábala con desabrimiento y cargábala de injurias, como si la santa virgen fuese esclava de la ingratisima enferma. Pero esta ingratitud encendía más la caridad de Catalina, y la sirvió, hasta que expiró, con celo ardiente y con tesón asombroso.

La otra mujer se llamaba Andrea, y tenía un pecho cancerado y tan hediondamente podrido, que no había quien pudiese tolerar el mal olor. Los primeros días se mostró, no sólo agradecida, sino confusa á vista de caridad tan portentosa; pero, acostumbrándose á ella insensiblemente, llegó á olvidarse tanto del beneficio, y á cobrar tanto horror á Catalina, que manchó su honra con las más feas calumnias, publicando que andaba divertida y que empleaba en la torpeza el tiempo que fingía retirarse á la oración. Juntóse á esta mala mujer otra tan mala como ella, llamada Palmerina, y ambas supieron

vestir de tan aparentes colores la impostura, que no sólo se la persuadieron á los disolutos, sino que también la hicieron creer á muchos buenos. Sin embargo de ser tan sensible y tan afrentosa esta calumnia, no despegó Catalina sus labios para justificarse; no habló ni una sola palabra, y sólo cuidó de doblar sus visitas y sus limosnas á la enferma; tanto, que como un día sintiese no sé qué repugnancia, horror ó asco en el estómago al tiempo de curarla, la generosa virgen aplicó intrépidamente su purísima boca á la hedionda llaga cancerada, chupando la podre, y, venciéndose á sí misma, venció también la calumnia á fuerza de beneficios. Reconocieron, en fin, su culpa aquellas pobres mujeres, y publicaron la inocencia de nuestra Santa, cuya humildad tuvo mas que padecer en esta justificación que en aquel feo borrón de su fama.

La caridad que usaba con los pobres hubiera agotado los fondos que encontraba para socorrerlos, así en su familia como en otras personas devotas, á no haber suplido Dios algunas veces con milagros. El mismo Cristo, disfrazado en figura de pobre, quiso, al parecer, experimentar hasta dónde llegaba su caridad y su paciencia. Después de haberle dado Catalina lo que había podido recoger, como el pobre aun no se mostrase satisfecho, ella le rogó que tomase también aquello que era de su uso. Apareciósele el Salvador la noche siguiente, y la dio á entender, de un modo tan tierno como lleno de consuelo, que El era aquel pobre á quien había socorrido con tanta generosidad el día precedente. Al paso que era inmensa su caridad, era también excesivo su celo por la salvación de las almas; siendo pocos los miserables á quienes no convirtiese al mismo tiempo que los socorría. En una palabra, la vida de esta insigne Santa fue un tejido de maravillas, un asombro compuesto de milagros. Perdió enteramente el gusto y aun el uso de todo género de comida; sustentábase de la Eucaristía, siendo este Pan de ángeles casi su único

alimento. Una vez pasó desde principio de la Cuaresma hasta la Ascensión sin probar otro bocado, sirviéndola de sustento la Comunión que recibía cada día. Dijo un día á su confesor que su divino Esposo y ella habían trocado de corazones, y que Aquél la había impreso sus sagradas llagas, cuyo vivísimo dolor sentía sin intermisión en los lugares correspondientes, aunque había alcanzado de El el singular beneficio de que este favor se ocultase á los ojos de los hombres.

Añadió el Cielo á estas gracias un entendimiento tan elevado y una tan consumada prudencia, que era venerada como oráculo de su siglo. Las obras que logramos con nombre de Santa Catalina, y singularmente muchas cartas que escribió á los papas, á los cardenales y á varios príncipes, son pruebas admirables de su ingenio, de su cultura y de su discernimiento.

Habiendo obligado el bien público de la santa iglesia á salir de su retiro, dio al mundo esa prueba más de que la verdadera santidad está reñida con la inacción y con la poltronería, y que los santos saben dejar las dulzuras de la soledad siempre que entienden quiere Dios servirse de ellos para los negocios exteriores.

Como los florentinos se hubiesen sublevado contra la Iglesia Romana, y el papa Gregorio XI los hubiese excomulgado por esta rebelión, creyeron que ninguna persona sería más oportuna para negociar la reconciliación con la Santa Sede que nuestra Catalina; y la nombraron por su diputada al Papa, que residía en Aviñón. Ningún trabajo la costó el aplacar el ánimo del Pontífice, quien defirió tanto á ella, que quiso fuese sola el arbitro de la paz que concedía á los florentinos. Pero Catalina no tenía menos en el corazón otro negocio de mucha mayor importancia, que era la vuelta de los papas á Roma, de donde hacía sesenta anos que se habían

ausentado. Reprendiendo un día el papa Gregorio á cierto obispo porque faltaba á la residencia en su obispado, le respondió: *Santísimo Padre, en eso no hago más que imitar el ejemplo de los papas, que ha sesenta años que no residen en el suyo;* y aunque la respuesta fue irreverente y atrevida, hizo tanta fuerza al Papa, que en el acto hizo voto en su corazón de restituir á Roma la Silla Apostólica; y, consultando este punto con nuestra Santa, sin declararla el voto que había hecho, le respondió Catalina: *Santísimo Padre, ¿para qué consulta Vuestra Santidad una cosa que ya tiene ofrecida á Dios?* De lo que admirado el Papa, porque sólo Dios podía saber el voto que había hecho, deliberó ya ponerle en ejecución; y así, partiendo de Aviñón el día 13 de Septiembre de 1373, entró en Roma á 17 de Enero del ano siguiente. Luego llamó á la Santa á aquella corte, y, aprovechándose mucho de sus consejos, no fiaba menos de la eficacia de sus oraciones.

A la muerte del Papa, que sucedió dos años después, se siguió un funesto cisma. Urbano VI, sucesor de Gregorio, no honró menos á Santa Catalina que su predecesor; y, convencida la Santa de que éste era el legítimo pastor de la Iglesia, trabajó con todas sus fuerzas en que todos le reconociesen por tal; experimentándose, principalmente en esta importante ocasión, cuánto poder tenía en los corazones, no sólo la opinión de su eminente virtud, sino su admirable ingenio, su elocuencia, su espíritu varonil, su comprensión y su extraordinaria capacidad.

Había resuelto el Papa enviarla por diputada y como legada suya á la reina de Nápoles y de Sicilia; y Catalina, llena de fe, de caridad, de celo y de valor, estaba determinada ya á emprenderlo todo por la mayor gloria de Dios, cuando se sintió acometida de una grave enfermedad. Cuatro meses estuvo padeciendo dolores

tan vivos y tan extraordinarios, que nadie dudaba era aquella enfermedad tan sobrenatural como se consideraba su vida milagrosa; y mostró una paciencia tan heroica en todos ellos, que por ningún otro lado se acreditó su espíritu de tan grande como por éste; siendo cierto que las aflicciones y los trabajos en que Dios la ejercitó, casi sin intermisión, por todo el tiempo de su vida, la hicieron mucho más admirable que las brillantes y ruidosas acciones que tanto se admiran en ella. Fue su preciosa muerte parecida en todo á su santa vida: suspiros, éxtasis, arrobamientos, incendios del amor divino fueron toda su agonía. Desgastada al rigor de sus incomprensibles penitencias, consumida de trabajos, colmada de gracias y merecimientos, expiró en Roma el día 29 de Abril del año de 1380, á los treinta y tres de su edad, dejando, no sólo á sus hermanas, de quienes fue superiora, sino á todos los fieles, admirables ejemplos de todas las virtudes; pero, singularmente, de lo que puede la omnipotente fuerza de la divina gracia.

Estuvo algunos días expuesto el sagrado cuerpo á la veneración pública, y después fue enterrado solemnemente en la iglesia de la Minerva, donde presto confirmó el Señor con nuevos milagros la opinión de su santidad, que había merecido en vida. El año 1461 fue canonizada por el papa Pío II, con toda la solemnidad y pompa que correspondía á la singular veneración y confianza que siempre han colocado todos los pueblos y naciones en esta insigne Santa.

Venérase en Siena su cráneo, y en el convento de los dominicos de San Sixto de Roma una mano entera, como también un pie entero en Venecia, en el convento de las monjas dominicas. Su sepulcro está en el altar mayor de la Minerva, donde se venera como patrona de Roma y protectora del pontificado. (En la pág. 7 de este tomo puede leerse la *Impresión de sus llagas.*)

Es cierto que muchos tiempo antes de Santa Catalina de Siena florecía ya en todo el orbe cristiano la Tercera Orden de Penitencia del Patriarca Santo Domingo, por la ejemplar vida de innumerables personas piadosas que, sin dejar el mundo ni encerrarse en la clausura del claustro, acreditaban visiblemente que se podía vivir en el siglo, y vivir practicando los ápices de la perfección cristiana, por la observancia de la regla que dejó instituida el santo patriarca. Pero no se puede dudar que la eminente reputación de nuestra Santa añadió un grande y brillante esplendor á esta Congregación, la que continúa edificando al mundo con las grandes virtudes que practican los que tienen la dicha de alistarse en ella. Suelen en algunas partes llamar monjas de Santa Catalina á todas las religiosas dominicas, cuyo sagrado Orden es uno de los más célebres que se veneran en la universal Iglesia, y es mucho más distinguido por el resplandor de las virtudes en que se ejercitan las que le profesan, por la nobleza y prendas naturales que las adornan, notándose en todo él una observancia constante, una virtud humilde, ejemplar y nada afectada, un grande espíritu de unión y una como innata aversión á todo lo que suena á novedad perniciosa.

SAN INDALECIO, OBISPO Y MÁRTIR

Todos los escritores de la nación están acordes que San Indalecio fue uno de aquellos siete celebérrimos obispos que enviaron á España los príncipes del Colegio Apostólico para que la ilustrasen con la luz del Evangelio, cuyas actas, por ser iguales con las de San Torcuato, Cecilio, Ctesifonte, Hesiquio, Eufrasio y Segundo, hasta su llegada á Guadix, se refieren en el día 15 de Mayo, donde podrá ver el lector el carácter de todos, su venida á España y entrada en ella. El Martirologio Romano hace mención de todos ellos el 15 de dicho mes. Quedó, pues, San Torcuato por obispo

de Guadix, cuidando de aquella iglesia, que fue el primer fruto de todos; y partiendo los demás compañeros á ejercer su misión apostólica por diferentes pueblos de la Península, llegó Indalecio á Urçi, ciudad antigua de la Bética ó Andalucía, y, animado de aquel mismo espíritu con que salieron los Apóstoles de Jerusalén para la conquista del mundo, vio en aquella ciudad, numerosa por entonces, una multitud de infieles que, degenerando de la obligación que tienen las criaturas para con el Criador, vivían envueltos en una crasa ignorancia; pero fue tal el arte que se dio nuestro Santo, que convencidos los infieles, así de la verdad como de la santidad de la doctrina que les predicaba el nuevo apóstol, recibieron muchos el bautismo, contribuyendo no poco para robarles el corazón la admirable paciencia, la dulzura, la afabilidad y desinterés de Indalecio, quien hizo que floreciese en breve tiempo la religión entre aquellos naturales.

Ofendidos los paganos de las muchas conquistas que hacía Indalecio para Jesucristo, valiéndose de la oportunidad que les ofreció para vengarse la cruel persecución que movió contra la Iglesia el emperador Nerón, le quitaron en ella la vida el año 55. Después que triunfó gloriosamente el ilustre prelado de los enemigos de la religión, dieron los fieles sepultura á su cuerpo en Pechina, donde en honor suyo erigieron un templo, después que gozó de paz la Iglesia. Allí se tuvo en grande veneración todo el tiempo que se mantuvieron los godos en España; pero habiendo destruido los moros á Pechina en su bárbara irrupción, y trasladado su antigua población á Almería, ocultaron los cristianos el cuerpo del Santo en su misma iglesia, por temor de que cayese en manos de los bárbaros, que, en odio á la fe de Jesucristo, reducían á cenizas todas las reliquias de los héroes de la religión. En esta desgraciada época consta, por tradición de los cristianos mozárabes, que se vieron

en el sepulcro del Santo luces resplandecientes y nacer alrededor de él flores y hierbas medicinales, todos indicios de hallarse en aquel lugar el sagrado depósito del ilustre apóstol que hizo desaparecer en aquella parte del reino las densas nieblas del paganismo.

Mantúvose en Pechina el cuerpo de San Indalecio casi diez siglos; pero, habiéndose perdido la memoria del lugar de su estancia, con motivo de las guerras continuas que ocurrieron en el reino de Granada, no permitiendo el Señor que quedase en un olvido perpetuo, dispuso la invención de aquel precioso tesoro por los años de 1080 á 1084, para que gozase España de la presencia corporal de uno de los siete célebres obispos que se interesaron en la conquista espiritual de ella, por comisión de los príncipes del Colegio Apostólico, los que se elogian en el oficio mozárabe, según el orden de San Isidoro, con siete antorchas enviadas por el Cielo á España para ahuyentar de ella las tinieblas de la idolatría; los cuales fundaron en la Península la cristiandad, plantaron nuestra santa religión, enseñaron el orden de los oficios divinos y consagraron con su sangre las iglesias que les cupo por suerte, según escribió el papa Gregorio VII á Alfonso VI, rey de León y de Castilla.

Quiso Dios que se trasladasen las reliquias del santo prelado de Pechina al monasterio de San Juan de la Peña, de la Orden de San Benito, en el reino de Aragón, á pesar de la grande distancia que hay entre ambos lugares, y de los muchos inconvenientes que se ofrecían para trasladarlas en un tiempo que se hallaba casi toda España ocupada por los árabes sarracenos; y así se verificó el año de 1084, siendo todo el trayecto un itinerario de portentos. Permaneció éste en el lugar dicho hasta 1495, que, con motivo de un voraz incendio que redujo á cenizas todas las preciosidades de aquel templo, habiéndose conservado sin la menor lesión las

reliquias de San Indalecio, se volvieron á colocar en el nuevo retablo sobre el altar de San Juan Bautista, donde son tenidas en grande veneración.

La Misa es en honra de Santa Catalina, y la oración la siguiente:

Concédenos, ioh Dios todopoderoso!, que, pues celebramos el nacimiento al Cielo de tu bienaventurada virgen Catalina, nos alegremos santamente con su anual solemnidad, y nos aprovechemos del ejemplo de su eminente virtud. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda del apóstol San Pablo á los corintios, y la misma que el día 17.

REFLEXIONES

¿Hay por ventura título más tierno, más glorioso ni más respetable entre todos aquellos con que la bondad de Dios honra á las almas, que el título de esposa de Jesucristo? Pues éste es el título y el privilegio de las vírgenes; ellas siguen al Cordero immaculado á cualquier parte adonde vaya; ellas llevan escrito en la frente su nombre y el nombre de su Padre, para que se entienda que son suyas y le pertenecen á El por un título muy especial; ellas cantan en el Cielo delante del mismo trono un cántico nuevo que nadie puede cantar, sino las almas privilegiadas que nunca mancharon su pureza. Pero no solamente en el Cielo logra la virginidad aureolas y privilegios; aun en la Tierra, aquellas gracias de particular distinción, aquellos singularísimos favores, aquellos dones extraordinarios que pueden dispensarse en esta vida, están particularmente destinados para las vírgenes. Y aunque es cierto que Dios es bondadoso con

las almas fieles en todos estados, las vírgenes parece que adquieren no sé qué particular derecho á su más íntima comunicación y confianza á aquellas grandes gracias en que se suele explicar más su bizarría.

Dichosas, dice el Sabio, aquellas almas puras y sin mancha que no permitieron se manchase ni aun se ajase jamás la flor de su pureza, porque ellas gozarán de una fe viva, activa y laboriosa. Ningún pecado debilita tanto la fe como el de la impureza.

Herencia ordinaria es de las vírgenes el don de oración y de contemplación muy extraordinario. La carne embrutece el espíritu, y la vista de Dios sólo se promete á los corazones puros. Extráñase y aun se admira la oscuridad y la sequedad que se experimenta en la oración, sin advertir que la serenidad y el rocío piden calma. En las tierras húmedas y pantanosas siempre reinan nieblas; ni el cielo se descubre nunca sereno sino cuando sopla el aire puro.

Experimentase una fe lánguida y amortiguada, créese con desmayo, y tal vez, insensiblemente, se duda de algunos artículos. ¡Qué mucho! ¿Son, acaso, muy puras las costumbres? ¿Está limpio el corazón? Ese cuerpo ¿es templo de Dios vivo? Pues desengañémonos, que la fe se alienta de la pureza.

El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo, y el mismo que el día 17.

MEDITACIÓN

De la suprema desdicha del hombre.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la suprema desdicha del hombre es ser reprobado, ser arrojado de la

presencia de Dios con aquel *nescio vos*, no os conozco. Su mayor felicidad es la posesión de Dios; ¿quién se atreverá á negar esta verdad? Luego su mayor desgracia es perderle para siempre.

El hombre fue únicamente criado para Dios: éste es nuestro fin, ésta nuestra satisfacción, éste nuestro centro, sobre lo cual no hay más que consultar á nuestro corazón. Después de más de seis mil años que todos los hombres trabajan en hacerse felices, ninguno ha encontrado hasta ahora satisfacción llena y perfecta que fijase todos sus deseos; aun queda en el corazón humano un inmenso vacío que no pueden llenar todos los objetos criados, y es que el hombre no se hizo para ellos. Es preciso que eleve á Dios todas sus ansias, y desde el mismo punto que toma este partido experimenta en su corazón una paz, un consuelo, una dulzura que no puede encontrar en otra parte. Sólo Dios es su fin y el centro de su reposo; esto aun desde esta vida; ¡qué será en el Cielo por toda la eternidad! Allí, cuando Dios se comunica amorosamente al alma; allí, cuando Dios se entrega todo á ella sin reserva; allí, cuando el alma entra, se engolfa, se anega y, por decirlo así, se pierde en la felicidad del Señor. Concibe, si es posible, el infinito valor, la inmensidad de esta dicha. Pero concibe también por esto mismo qué desdicha es perder á Dios, ser aborrecido, ser reprobado de Dios, ser objeto funesto de su odio y de su cólera: *nescio vos*.

Haced, Señor, que yo comprenda todo el rigor, todo el sentido de estas palabras; y haced también que sufra en esta vida toda su amargura, para no oírías jamás de vuestra boca por toda la eternidad. Penetrad todo mi cuerpo de vuestro santo temor, para que este santo estremecimiento me libre de vuestros terribles juicios.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hay en este

mundo desgracia que no tenga recurso, infortunio que carezca de esperanza, ni trabajo que no pueda tener algún alivio; pero busca algo de esto en el sentido de aquellas terribles palabras *nescio vos*, no te conozco.

Si un tratado, si una importante negociación se desbarata; si el comercio no sale como se piensa; si se perdió el tiempo y el dinero en una empresa considerable; si se frustraron las esperanzas de una rica herencia; si se perdió un pleito en que se atravesaban los mayores intereses; si por una clara, fea y torpe injusticia se halla uno despojado de todos sus bienes, cuando no haya otro recurso en esta vida, hay, por lo menos, el de que todo se ha de acabar presto con ella, y el pensamiento de la muerte consuela; pero cuando se incurrió en la desgracia eterna de Dios; cuando se nos acabaron ya los amigos y los intercesores con Su Majestad; cuando se cerró para nosotros el manantial de las misericordias; cuando se acabó ya el tiempo de toda gracia; cuando ya no hay tiempo; cuando la espantosa eternidad sucedió á este puñado de días que se perdieron; cuando se oye que Dios nos dice en el furor de su cólera: *no te conozco, no sé quién eres*; cuando, ya desde aquel punto, no se hace caso ni de los trabajos que padecemos ni de los servicios que hicimos; cuando ya no hay que esperar compasión, no hay que esperar misericordia, ¿qué recurso tendremos? Lloraremos, gemiremos, nos lamentaremos, clamaremos, pero en vano; porque *Amen dico vobis, nescio vos*. Hubierais hecho la provisión á tiempo; hubierais velado sin dormir ni estar ociosos; hubierais trabajado en vuestra salvación mientras era de día; os cogió la noche, os cogió la muerte, y ya nada se puede hacer.

Dios mío, ¡qué prudentes, qué discretos fueron los santos en pensar en esto toda la vida! No permitáis, Señor, que estas reflexiones que acabo de hacer sirvan

sólo para mi mayor condenación y para mi eterna desdicha.

JACULATORIAS

Señor, no me arrojéis de vuestra divina presencia.—
Ps. 50.

¿Adonde iré, Señor, si Vos no me queréis reconocer por vuestro hijo? ¿Adondeme esconderé, si no me queréis sufrir en vuestra divina presencia?—*Ibid., 138.*

PROPÓSITOS

1. La suprema desdicha del hombre en esta vida es vivir en pecado, y en la otra es morir en él. La pérdida de los bienes y de la salud, los contratiempos más molestos, las adversidades, las persecuciones, las desgracias, ¿qué vienen á ser todos estos aparentes infortunios en el sentido más natural? En suma, no suelen ser más que vivir uno con alguna menos conveniencia; bajar algunos grados más respecto de aquellos que estaban al mismo nivel con nosotros; tener algún protector, algunos amigos menos, ocupar el último lugar en la aprensión de los hombres. Mas estar en pecado es ser objeto de horror á todo el Cielo, vivir en desgracia de Dios, merecer todos los tormentos eternos; y morir en pecado es ser objeto de horror y de infamia; es ser un insigne facineroso, víctima triste de las llamas abrasadoras por toda una eternidad. Ni tengas horror á otra cosa que al pecado, ni temas sin cesar á otra cosa que á la de morir en pecado. Todas las demás que se llaman aflicciones, desgracias, adversidades, miserias, todas tienen recurso; pero no hay consuelo, no hay alivio, no hay remedio contra la muerte en pecado.

2. De hoy en adelante, guárdate mucho de

abandonarte á excesos de tristeza y desolación cuando te suceda algún trabajo. Te quitó Dios lo que voluntariamente te había dado, ó no te concedió lo que no te debía y quizá sería pernicioso para ti. Por molesto, por trabajoso que sea lo que te sucediere, pregúntate á ti mismo con el Profeta: Alma mía, ¿por qué estás triste? ¿Por qué te afliges y me turbas? La pérdida de este pleito no es pérdida de la gracia; este infortunio no es pecado; por esta desgracia no he perdido la amistad de Dios. Pues ¿por qué he de afligirme ni desconsolarme por un accidente que al cabo no es algún mal? No hay otro mal verdadero que el pecado; el colmo de todos los males, el mayor y más terrible es morir en pecado. Sea esta verdad la materia más común de nuestra meditación.